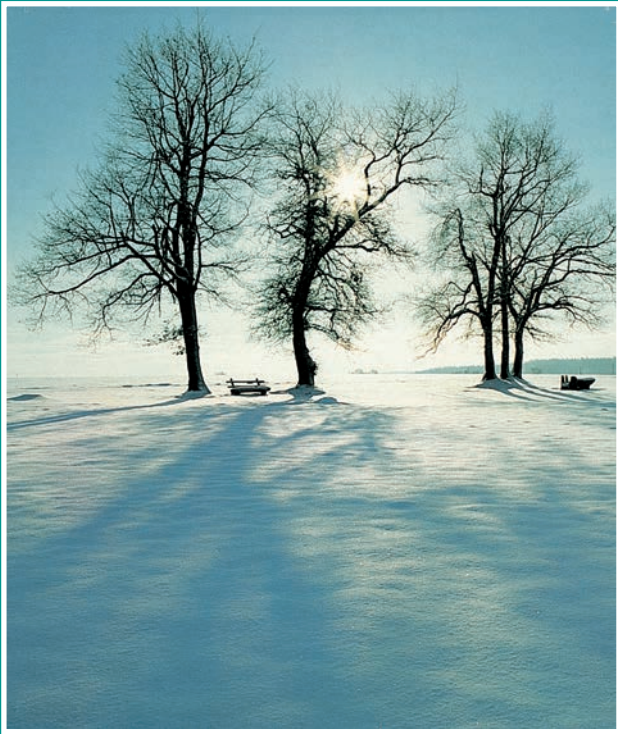


Javier Garrido



Preguntar y buscar

Reflexiones para
agnósticos y creyentes

verbo divino

Preguntar y buscar

Reflexiones para agnósticos y creyentes

Javier Garrido

Preguntar y buscar
Reflexiones para
agnósticos y creyentes

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

3ª reimpresión (año 2014)

© 2002 Javier Garrido Goitia
© 2011 Editorial Verbo Divino

Es propiedad - *Printed in Spain*

Impresión: Gráficas Astarriag, Abárzuza (Navarra)

Depósito legal: NA. 38-2003

ISBN 978-84-8169-546-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos: www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Prólogo	7
1. El punto de partida	11
1.1. La razón en búsqueda	11
1.2. Momentos de plenitud	15
1.3. Cuando no basta la ética	18
1.4. El peso del sufrimiento	22
1.5. Ante la muerte	25
1.6. El encuentro con un testigo	28
1.7. Búsqueda de sí mismo	31
1.8. Esa nostalgia tenaz	34
1.9. ¿Por qué ahora Dios?	37
1.10. Cuando se tienen raíces	38
2. Cómo y por qué objetivamos a Dios	41
2.1. Algunos creyentes	41
2.2. Algunos agnósticos	44
2.3. Algunos teólogos	48
2.4. La fe no es un conjunto de creencias	52
2.5. Dios no es objeto de necesidad	55
2.6. Deseo y fe	58
2.7. Idolatría	61
3. ¿Y si Dios fuese libre?	65
3.1. La hipótesis que desazona	65
3.2. Los testigos que provocan	68
3.3. Dios no puede ser arbitrario	71
3.4. Pensar confiando	76
3.5. Pensar desde la relación	80
3.6. Hay que optar	84

4. Fuerza y debilidad de la fe cristiana	87
4.1. Que Dios se comunique	88
4.2. Que la resurrección de Jesús sea el fundamento	92
4.3. Sólo el amor es digno de fe	96
4.4. Mensaje desconcertante	101
4.5. La religión de Jesús	105
4.6. El absoluto en lo contingente	109
4.7. “Ven y lo verás”	113
5. Camino personal	117
5.1 Mi punto de partida	117
5.2 Ver y oír	120
5.3 Atreverse a orar	125
5.4 La luz del corazón	129
5.5 Fidelidad a sí mismo	132
5.6 Relación con Dios	136
5.7 Compañeros de camino	140
5.8 Camino con sorpresas	143
6. Conflictos latentes	147
6.1. Dudas	148
6.2. La Iglesia	149
6.3. Autonomía y normas morales	153
6.4. La culpa	156
6.5. Imagen de Dios	162
6.6. El mal	169
6.7. La soledad	172
6.8. El pecado	174
6.9. ¿Por qué es tan complicado?	177
<i>Excursus:</i>	
Más allá de teocentrismo y antropocentrismo ..	179

7. Proceso de transformación	183
7.1. Suave y fuertemente	184
7.2. El punto neurálgico	187
7.3. “Él nos amó primero”	193
7.4. La experiencia fundante	196
7.5. Libertad liberada	202
7.6. Una paz especial	204
7.7. Agradecimiento y humildad	209
7.8. Una ética de la libertad y del amor	210
7.9. Redescubrir el mundo secular	213
7.10. Redescubrir la Iglesia	215
7.11. Ahora entiendo la Biblia	217
7.12. Queda lo mejor	219
 Epílogo:	
“El que busca ya ha encontrado”	221
 Bibliografía	223

Prólogo

Se comienza por *preguntar*. En otras épocas, Dios pertenecía al conjunto de creencias básicas con que cada persona nacía y se desarrollaba. Dios era tan evidente como la vida y su riqueza multiforme. Desde hace un tiempo, en nuestra cultura occidental, Dios es problemático. No es lo dado, sino fruto de un proceso personal de búsqueda.

Muchos creyentes se quejan de ese cambio. Deberían tomar conciencia de que cada uno/a, aunque no rompa con la fe heredada, ha de hacer el mismo proceso: pasar de la ideología, en cuanto sistema de creencias, a la fe como encuentro con el Dios vivo. Ciertamente, no es lo mismo heredar la fe y madurarla que buscarla, sufrirla y celebrarla, pero en estas cosas no se escoge el camino.

* * *

No basta preguntar, hay que *buscar*. Porque muchos preguntan sobre Dios a modo de deporte intelectual, como un fenómeno cultural. ¡Qué poco saben de lo que ese nombre, Dios, ha significado y significa para los humanos! Cuando alguna vez se encuentran con un testigo verdadero del Dios real, quedan profundamente desconcertados.

Otros, los postcristianos, los que fueron educados en la infancia y adolescencia dentro de un ambiente re-

ligioso, adoptan una actitud resabiada. Dejaron la fe, dicen ellos, porque la iglesia los decepcionó, porque no podían aceptar un Dios bueno que permite tanto sufrimiento en el mundo, porque tuvieron que crecer al margen de los sistemas normativos... Algunos se acaloran discutiendo, atrincherándose en sus razones. Tal vez nunca se encontraron con un testigo que respondiese a sus preguntas. Por desgracia, no los hay demasiados. Tienen raíces, y se les nota en que el tema religioso no les deja indiferentes, pero ahora han construido su propia interpretación de la existencia humana. Alguna vez vuelve la pregunta sobre Dios, pero es como si de antemano diesen por inútil toda búsqueda. ¿Decepcionados? Me gustaría que este libro fuese un referente para ellos.

Tengo especial simpatía por los “furtivos/as”. Por alguna razón personal abandonaron la orilla segura de la fe y se lanzaron a la aventura de la soledad interior. Por derroteros variados. La característica esencial del furtivo es la nostalgia irrefrenable que mantiene de Dios. No la confunde con las creencias. Le interesa Dios, aunque la imagen que tiene de Él sea difusa. Si escucha hablar de Dios “desde dentro”, conecta. A veces, y lo hace clandestinamente, lee algún libro religioso o se acerca a una iglesia. Se pregunta si esa nostalgia no es el resto de la infancia que le queda después de haber conquistado la autonomía del adulto/a, pero no puede evitar la intuición (¿la certeza?) de que se trata de *más*. Este corazón humano que no se contenta con la finitud controlable...

* * *

No sé exactamente para quiénes escribo. El subtítulo dice que *para agnósticos y creyentes*. ¿Todos en el mismo saco? Sí, porque tal es mi experiencia. A nivel ideológico, la diferencia entre el agnóstico y el creyente es clara: el uno ni afirma ni niega; el otro afirma. En el corazón: “hay muchos que están y no son, y hay otros muchos que son y no están”. Pero este libro ha sido escrito para acompañar en la búsqueda del corazón y de la inteligencia, sin disociarlos.

Siendo honrado, el agnóstico y el creyente se debaten dentro de mí. Quien piense que la fe es un sistema de seguridad, sabe poco de Dios y de sí mismo.

Pamplona, 2002

1. El punto de partida

La búsqueda suele tener un punto de partida, variable según la persona y sus circunstancias. Lo que al principio parecía tal, más tarde se revela como la punta del iceberg. Comienzas por preguntarte no neutralmente sobre las pruebas de la existencia de Dios y terminas descubriendo que tienes nostalgia de un Padre absoluto. Comienzas preguntándote si tu nostalgia de Dios no será un miedo inconsciente a tu soledad y terminas descubriendo que la finitud no puede ser la última palabra sobre el hombre.

Lo que sigue es una descripción. Sólo pretende ayudar a la toma de conciencia de mi punto personal de partida. Nunca es indiferente por dónde comienza la búsqueda. Mejor, para que la búsqueda no sea un juego irresponsable, es necesario ahondar en ese punto de partida altamente significativo de mi historia más íntima.

Mientras se hace la descripción, simultáneamente, se intenta desenredar algunos malentendidos.

1.1. La razón en búsqueda

Hay cuestiones que no permiten una actitud neutral, que exigen que seamos apasionados de la verdad. Son las últimas, las que han inquietado permanentemente al corazón y a la mente de las personas:

- ¿Por qué hay ser y no nada?
- ¿Por qué tengo conciencia de dignidad personal?
- ¿Cómo es posible que sea libre perteneciendo al mundo finito?
- ¿De dónde venimos y a dónde vamos?
- ¿De dónde este anhelo de inmortalidad?
- ¿Por qué el amor desea eternidad?
- ¿Por qué exigimos derechos, distinguiendo el bien y el mal?
- ¿Por qué queremos ser plenamente felices?
- ¿Por qué la idea de Dios, del absolutamente otro?

* * *

Algunos dan respuestas que llaman científicas, verificables. Por ejemplo, dicen, nos hacemos esas preguntas porque nuestra inteligencia no sabe adaptarse a la realidad sino mediante visiones globales del mundo. Son preguntas sin contenidos, sólo funcionales. Sólo sería real lo verificable, lo que puede ser contrastado con la observación. Ciencismo de razón estrecha.

A lo sumo, están dispuestos a aceptar un “pensamiento emocional”, de carácter subjetivo, que no tiene nada que ver con la verdad, sino con la necesidad humana de vivir de sueños y de esperanzas, es decir, de tener creencias. La religión pertenecería a este orden prerracional o arracional.

Lo malo es que demasiados creyentes han pretendido lo mismo: demostrar a Dios por la ciencia.

Si Dios fuese objeto científico, no sería Dios.

* * *

Dios pertenece a la búsqueda de la verdad última sobre el ser y la nada, el bien y el mal, la libertad y la fatalidad, el sentido y el absurdo. La búsqueda requiere una respuesta, pero, con frecuencia inconscientemente, la razón exige una respuesta acabada, segura, controlable, aunque no sea exactamente científica. En esta trampa caen constantemente los racionalistas: pruebas metafísicas de la existencia de Dios, razonamiento sistemático que obliga a la razón a dar el salto de la fe...

Dios no pertenece a la razón controladora. Más bien, sólo a la razón que se sabe en búsqueda, que descubre el misterio inabarcable de la realidad, que se admira ante un niño que despierta a la existencia, que afirma con certeza el respeto sagrado a cada persona (aunque no lo pueda establecer una lógica irrefutable), que se admira ante el orden cósmico, que espera en el corazón humano a pesar de sus evidencias inmediatas, que estrena cada mañana libertad...

No quiero decir con ello que la tarea ingente de los grandes pensadores metafísicos haya sido inútil: Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Descartes, Kant... En el mejor de los casos, sólo ha servido para confirmar que la razón, en cuanto busca respuestas últimas, ensancha el horizonte siempre abierto de su propia

capacidad, pero, al final, nunca se encuentra con un Tú absoluto, personal y amante, sino con el Ser universal, fundamento anónimo de toda la realidad. Si algo demuestra la historia de la filosofía es que la razón controladora siempre se queda a las puertas. De hecho, los grandes pensadores hablaron de la inteligencia humana y del ser en clave de Misterio.

Lo malo es que demasiados creyentes siguen hablando de Dios sin ningún sentido del Misterio, como el concepto último, dedicados a descifrarlo.

* * *

Si el punto de partida es la razón en búsqueda de respuesta a las cuestiones últimas, es importante que el lector se haga estas reflexiones.

Primera: si pretende una verificación científica o una demostración filosófica.

Segunda: si la razón está dispuesta a percibirse a sí misma en un horizonte más radical, el del Misterio, y, por lo tanto, a lo que le sobrepasa, a lo racionalmente imprevisible.

Debe saber que el punto de partida racional de este libro es la afirmación de un Dios que quiere y puede comunicarse con nosotros, y así lo ha hecho. ¿Cómo habrá que razonar correctamente sobre este Dios, cómo habrá que buscarlo?

Si las preguntas de arriba no permiten una actitud neutral, ¡cuánto menos la hipótesis de un Dios así!

1.2. Momentos de plenitud

Muchos no creyentes constatan que la búsqueda religiosa surge en los momentos en los que los humanos experimentamos la negatividad: limitación, fracaso, muerte... Por eso se les hace sospechosa. Dios estaría asociado a la carencia, a la incapacidad de ser feliz, a la renuncia de la vida. Tienen su punto de razón. Parece que los cristianos, para serlo, renegamos de la alegría.

Sin embargo, una crítica así es superficial. ¿Se puede crecer como persona sin experimentar las contradicciones propias de la condición humana? ¿Se puede ser libre desde la mera espontaneidad vital? ¿Qué es la felicidad cuando uno deja de ser adolescente?

Si algo llama la atención en el mensaje de Jesús es la paradoja de sus Bienaventuranzas (cf. Mt 5): llama “dichoso” al que no puede apoyar la existencia en sí mismo, al que le toca aguantar los golpes de la vida, al que es fiel a los valores que humanizan por encima de los propios intereses, al que ve la realidad sin fantasías desde el corazón de Dios...

En efecto, en la mayoría de los casos, el punto de partida de la vida religiosa tiene que ver con experiencias críticas, que rompen los sistemas de seguridad y felicidad controlables. Pero, en bastantes casos, el punto de partida son los momentos de plenitud.

* * *

Hace unas semanas me encontré con una madre joven, a la que yo había acompañado en sus problemas psi-

cológicos de personalidad. Estaba radiante paseando a su pequeño. Le felicité por su maternidad recién estrenada y me atreví a formular explícitamente el tema religioso.

– ¿Ya le has dado gracias a Dios por semejante regalo?

– Esta cosa preciosa no viene de Dios; lo hemos hecho nosotros.

Evidentemente, no discutí. La explicación racional del fenómeno “tener un hijo” pertenece a la biología. Pero me dio pena. Lo entiendo: no se puede ser madre/padre sin hacer “tuyo” un hijo, sin esa vinculación radical del corazón. Pero un hijo no es sólo ni primordialmente un fenómeno biológico, ni fruto de una decisión de pareja, y la vinculación afectiva no tiene por qué impedir percibir el don.

Al revés, la plenitud del momento de ser madre/padre se amasa de esos contrastes característicos de las grandes experiencias humanas: un hijo es lo más tuyo, pero lo mejor de todo es que es persona distinta de ti, con vida propia; un hijo nace de una decisión, pero, cuando lo tienes, es un don que te sobrepasa, un regalo que recibes con temor y temblor...

Es verdad que no tiene por qué ser referido necesariamente a Dios. Pero ¿cómo no percibir que tiene que ver con Aquel que llamamos Padre, creador de todas las cosas?

* * *

Resulta altamente significativo que, cuando uno no está enamorado, puede racionalizar la relación in-

terpersonal: fenómeno psicológico, pautas para una relación adulta, criterios sobre el sexo... Cuando uno está cogido por el amor, y se ha producido esa conexión misteriosa única (¡tan diferente de otras anteriores!) con el otro, cuando se ha vivido un proceso de entrega a través de luces y sombras, hay momentos “mágicos”. No tiene nada que ver con el “amor romántico”, más parecido a la proyección de las propias fantasías que a la verdad de eso que la Biblia (cf. Gen 2) dice “dejar de ser dos para ser uno”.

¿Por qué esa sensación de ser liberado de sí mismo en el éxtasis del placer de la entrega?

¿De dónde ese gozo de que el otro crezca y yo disminuya, fuente de la propia felicidad?

¿Por qué, cuando, al encontrarnos, desaparece el mundo y todo se concentra en nosotros, sentimos que este amor necesita ensancharse y no quedarse en nosotros?

Cuanto más mío/a te siento, tanto más veo que no te merezco. No tiene nada que ver con la falta de autoestima, sino con la plenitud de regalo que eres tú, exactamente, tú.

Y, a ratos, ese vértigo ante el amor del que no disponemos. Lo más nuestro se nos va de las manos. Y, sin embargo, no lo sentimos como amenaza de pérdida, sino don que ha de ser vivido desde la desapropiación.

Si conoces el *Cantar de los Cantares* de la Biblia, conectarás con él de inmediato. En ocho capítulos, sólo una vez se nombra a Dios. No hace falta: para un creyente, la plenitud del amor humano lo incluye. No

es extraño que pueda ser el punto de partida de la búsqueda religiosa en el no creyente.

* * *

También la belleza artística, cuando alcanza cierta plenitud, acerca al Misterio.

¡Cuántas veces, oyendo a Bach, me venía espontáneamente esta reflexión: “Si uno de nosotros es capaz de crear tanta belleza, la humanidad todavía está a salvo”! No había sólo gozo estético, sino hondura existencial.

* * *

Los momentos de plenitud nos llevan a la experiencia no racionalizada de la condición humana, con su grandeza y su miseria. Quizá hemos leído mucho de literatura y filosofía y hemos reflexionado sobre el fenómeno inagotable que llamamos “el hombre”. Pero la iluminación que nos deja sobrecogidos y nos coloca ante el Misterio supone una “nueva conciencia”.

A veces surge en un momento de lectura de un poeta. Y otras, en la calle, mientras paseas y ves a un albañil encaramado a un andamio, construyendo una casa.

1.3. Cuando no basta la ética

Las experiencias éticas han sido con frecuencia el motivo de abandonar la fe. La experiencia religiosa estaría configurada por la dependencia: de Dios, de la

casta sacerdotal, de las creencias. Por el contrario, centrar la vida en la actitud ética de solidaridad con el prójimo exige autonomía y promueve la emancipación.

Se reconoce que las grandes religiones, especialmente el cristianismo, han promovido la dignidad del hombre. Pero, cumplida su misión, dicen, ahora toca el relevo a la ética laica y universal, la correspondiente a la proclamación de los derechos humanos.

No es el momento de discutir estas opiniones. Me parece más significativa la correlación entre religión y ética. A veces viene a ser el punto de partida de la pregunta y de la búsqueda religiosa.

* * *

Me atrevo a decir que el eje que vertebra la experiencia ética es la conciencia de la dignidad de la persona humana, que debe ser considerada y tratada siempre como fin y nunca como medio. Lo mismo que decir que la persona humana tiene un valor absoluto, que ha de ser amada incondicionalmente, por encima de cualquier otro interés.

¿Es que no somos meros individuos de la especie denominada *Homo sapiens*, nombre altisonante que nos hemos dado a nosotros mismos para colocarnos en la punta de la pirámide de la evolución? ¿No es contradictorio sentirse fin, cuando hay que llegar a ser persona, cabalmente? ¿Tal autoconciencia de dignidad no es el resto de una cosmovisión sacral, impropia de nuestra cultura secularizada?

Anotemos este carácter religioso del humanismo. Podemos discutir sobre sus orígenes ideológicos. Pero hay algo irreductible, que pertenece a la experiencia nuclear ética: el *respeto*. Ese asesino desalmado se merece nuestro respeto, y no debe ser torturado. Ese adulto esquizofrénico, incapaz de comunicación interpersonal, ha de ser valorado como persona y no reducido a número de hospital.

¿Qué es el respeto? Experiencia de trascendencia, en que convergen el sentimiento de la presencia de Dios y la hondura de la actitud ética. Respeto y sentido del Misterio van a la par.

* * *

La experiencia ética está atravesada por paradojas indomeñables, que obligan a la cuestión religiosa.

Por ejemplo, ¿por qué hay tanta desproporción entre la afirmación racional de que el hombre ha de ser tratado como fin y la convivencia diaria, en que hay que combinar los intereses encontrados de las personas? Se supone que el amor es el órgano primordial para percibir el valor absoluto del otro, pero ¿qué amor? Los humanos conocemos tantas formas de amor... Alguien dirá que el amor de autodonación. Pero si funciona en uno y no en el otro (y desde luego, no seamos ilusos, no puede funcionar socialmente), la consecuencia es la injusticia flagrante.

Hay temas que siguen inquietando la conciencia ética: ¿qué relación hay entre justicia y perdón? En principio, parece claro que el perdón expresa máximamente la calidad ética de una persona, pero a veces puede ser el

instrumento para que no se haga justicia y para que el bien ofrecido a uno repercuta en el mal de muchos.

Conflictos de la ética que apelan más allá. Por eso, algunos grandes pensadores han postulado un Reino futuro de la realización ética en su plenitud. Curiosamente, eso es lo que anunciaron los profetas de Israel para los tiempos mesiánicos. Pero cuando éstos llegaron con Jesús de Nazaret, la paradoja ética fue extrema: en el máximo de injusticia (tortura y asesinato del inocente) se reveló la máxima altura ética (amor solidario hasta la muerte, perdón incondicional).

* * *

Estas reflexiones abstractas están en el trasfondo de experiencias concretas, punto de partida de la búsqueda religiosa.

B. C. dejó la Iglesia por sus códigos normativos, que le parecían trasnochados (moral sexual) e infieles al Evangelio (ética de la solidaridad con los más desfavorecidos). Se fue al Tercer Mundo e hizo opción por el sandinismo en su lucha contra la tiranía. Tenía 23 años. Una vez alcanzado el poder, la responsabilidad social que se le encomendó (formar cooperativas agrícolas) le obligó a experimentar en vivo y crudamente las resistencias tenaces de la realidad (personas y grupos) a entrar en sus criterios. “Cooperar, consensuar, compartir”, eran sus consignas. Un día, en una reunión con campesinos, comenzó a gritar fuera de sí. Esa violencia rabiosa ha sido el desencadenante de un proceso de conversión interior. Miedo al descontrol, dirá un psicólogo. Experiencia ra-

dical de las contradicciones en las que se mueve una ética centrada en principios. Luz interior sobre el propio corazón, que necesita fuente más alta para permanecer en la brecha. Otro día cayó en sus manos el sermón del monte de Jesús (Mt 5-7), concretamente las bienaventuranzas, y comenzó a retomar sus raíces religiosas.

El proceso no le ha llevado a abandonar su sensibilidad ética, sino a una nueva síntesis personal, que él reconoce “evangélica”. Todavía tiene reticencias con la Iglesia, pero ha aprendido a distinguir.

1.4. El peso del sufrimiento

El peso abrumador del sufrimiento en la vida humana es el mayor argumento contra la fe. ¿Cómo fiarse de un Dios que permite la muerte en masa de niños hambrientos en los campos de refugiados? ¿Tiene derecho a existir? Pero en la Biblia Dios se revela cuando escucha los gritos de su pueblo esclavizado en Egipto (Ex 3). Los evangelios nos hablan de Jesús, el enviado de Dios para dar la Buena Noticia a los pobres, liberar a los cautivos, sanar a los enfermos, resucitar a los muertos...

Lo más desconcertante es que el mismo Dios que libera a los esclavos hebreos machaca a los egipcios. Y el Jesús liberador termina en el fracaso, torturado en una cruz, símbolo de la fuerza omnipotente del mal. Sin embargo, Él no renegó de su Dios en la hora extrema del abandono. ¿Por qué?

* * *

El sufrimiento separa de Dios de muchos modos y por mil razones.

Se supone que un joven de 17 años, hijo único, no debe morir en la cuneta de una carretera.

Se supone que esa madre de 39 años, con tres hijos pequeños, es necesaria y no debe desaparecer.

Se supone que ese niño de 14 años no debe ser alistado para la guerra, ni educado para matar fríamente, y menos para satisfacer la sed de venganza tribal.

Se supone que ninguna razón ideológica es motivo para que muera violentamente un profesor de universidad dedicado al derecho internacional.

Se supone que esa mujer joven no debe prostituirse para dar de comer miserablemente a dos hijos, tenidos de no sé quién, mientras el 60% de su trabajo se lo lleva el chulo de turno.

En efecto, el mal es mal porque no debe existir. Pero existe. ¿Por qué lo permite Dios, si es el garante del bien, el bueno, nuestro Padre?

* * *

Están tan cerca el problema del mal y la cuestión de Dios que no es extraño que también sea el punto de partida de la búsqueda religiosa.

Puede serlo por la necesidad de dar sentido a tanto sinsentido. C. D. no se resigna a que el mal tenga la última palabra. Durante un tiempo, hasta los 35 años, creyó que era posible vencerlo. Se decía a sí mismo:

“No, Dios no tiene nada que ver con esto; la responsabilidad es nuestra”. Ahora ha comenzado a sospechar que la humanidad no puede evitar el sufrimiento, pues atañe a realidades más hondas que la propia responsabilidad. Y precisamente por eso se vuelve a Dios, porque sospecha que Dios tiene que ver con ese más. ¿Es que lo que él experimenta como un sinsentido apela, acaso, a un sobresentido?

El peso del sufrimiento nos desprotege, nos deja sin punto de apoyo, nos hace mascar la finitud. A D. C. le ha ocurrido cuando se ha detectado en su hija adolescente la anorexia. Si no le faltaba nada, si había sido educada en la libertad, si el ambiente familiar ha sido siempre sereno... Como hombre culto que es, no se fía de lo que hizo la otra tarde, cuando se metió en una iglesia, al salir de la consulta del psiquiatra, pero una luz comenzó a abrirse camino suavemente en su conciencia. Le preocupaba su hija, hubiese dado la vida por ella, pero le venía una y otra vez la pregunta: “¿Qué he hecho yo con mi vida? ¿Qué valores les he dado a mis hijos?”

B. D. acaba de ver por televisión la masacre que los tanques judíos han hecho en un campo de refugiados. ¿Cómo se puede creer en ese Dios de los judíos, no es su misma negación? Siempre se ha confesado ateo, pero desde hace dos años está intrigado por la transformación de su mujer, farmacéutica e investigadora, que también era atea cuando se conocieron de estudiantes. Ella comenzó a cambiar a raíz de la lectura de un libro de salmos comentados que le había regalado una amiga creyente. No se ha puesto a discutir con su marido. Se ha limitado a señalarle el salmo de un inocente

perseguido, añadiendo: “¿A favor de quién supones que está Dios?”

* * *

Cuando veo que se niega a Dios por razón del sufrimiento, siempre me pregunto: “¿De qué Dios hablamos?”

Porque el único que conocemos, el que ha querido revelarse a sí mismo, ése no se ha quedado en las nubes, permitiendo que suframos y mirándonos a ver cómo lo hacemos. Ha sufrido con nosotros, ha compartido nuestra condición humana... Tiene el rostro de un crucificado.

Por ello, cuando el sufrimiento se hace punto de partida de la búsqueda religiosa, obliga a cambiar nuestra imagen de Dios. Nosotros exigimos que lo suprima o, si no lo hace, que nos dé una explicación. Él se hace uno de nosotros para que, según vivimos el sufrimiento con Él, descubramos de un modo nuevo quién es Él realmente y por qué no lo suprime y por qué no nos da una explicación. Lo sorprendente es que, cuando cambia nuestra imagen de Dios, cambia también nuestro modo de entender y percibir el sufrimiento.

1.5. Ante la muerte

Tema tabú, la muerte. Porque desmonta todas nuestras megalomanías e impone preguntas sin respuestas. Y por más que la racionalicemos (¿no es acaso el final de todo ciclo biológico?), su silencio apela al Misterio.

Hay quienes curiosoan: “¿Hay algo después de la muerte?” Y se atreven a pontificar sobre el tema.

Pero si te encuentras delante del cadáver de un ser querido, aunque sea tu abuela de 90 años, el desgarramiento interior remueve deseos soterrados: “¿Volveremos a vernos un día?”

Si el que muere es tu hijo de 14 años, sollozas y gritas: “¿Por qué? ¿Por qué?” O te acurrucas en los brazos de un amigo, balbuceando: “¡Dios mío, Dios mío!”

Ante la muerte, la frontera entre agnósticos y creyentes se disuelve y se erige en muro infranqueable, al mismo tiempo.

* * *

Se dice que las religiones han nacido como respuesta al problema de la muerte. Con ello, algunos están añadiendo que son fruto de nuestros miedos o de nuestras resistencias inconscientes a aceptar la finitud. ¿Por qué no pensar al revés? Que la muerte nos resulta especialmente escandalosa a los creyentes porque hemos conocido la fuente absoluta de la vida, que es Dios.

Tal es, al menos, la experiencia de la fe bíblica. El enfermo (tantos salmos) pide a Dios la salud porque su fidelidad no puede abandonarlo al poder de la muerte.

Por eso, la fe cristiana no consiste en afirmar que hay vida después de la muerte (almas inmortales, algo de nosotros perdura en el más allá), sino en afirmar que hay resurrección de los muertos (la finitud corporal está

habitada por la vida de Jesús resucitado, vencedor de la muerte).

Ya sé que, dicho así, es cosa de locos. ¿No es acaso la muerte el dato más evidente de la condición humana sin salida? La reflexión ordinaria lo dice con rotunda lucidez: “Nadie ha vuelto”.

Los cristianos decimos no sólo que uno ha vuelto, sino que por Él todos volveremos. Cuando lo escuchamos en los cantos o las lecturas de un funeral (en nuestra sociedad, ateos y agnósticos asisten a la exequias), o bajamos la persiana, pensando que se trata de una creencia irracional, sin más, o la nostalgia nos susurra suave y dolorosamente lo que no nos atrevemos a nombrar. Lo malo es que, después del funeral, las urgencias del vivir y nuestros miedos nos distraen. Y a esto llamamos vida, a la distracción de la muerte.

* * *

Religiones y grandeza ética y altas pasiones de amor y conquistas científicas han coincidido en un punto sobrecogedor: la correlación entre amor y muerte.

¿Por qué algunos humanos sacrifican su vida por los demás?

El que ama de verdad ha ensanchado su corazón hasta no desear menos que la existencia eterna del tú y del nosotros.

Hay muertes que generan vida y que son celebradas como fiestas.

Ninguna aspiración más insistente que vencer a la muerte. Preocupación obsesiva por la salud y lucha permanente de la medicina por alargar la vida.

* * *

Ante la muerte, se desnudan nuestras actitudes habitualmente enmascaradas. O surge la desesperación racionalista, que se traducirá en un burdo o en un sutil cinismo. O se muestra la honradez dolorida de quien pregunta y no tiene respuesta. O se inicia la búsqueda de Dios, que sigue simbolizando, a pesar de todo, la plenitud de la vida, que siempre hemos deseado y de la que nunca disponemos.

La muerte nos despierta siempre el sentido de absoluto, lo queramos o no, lo neguemos o no.

* * *

La muerte, igualmente, da la medida exacta del que se dice creyente. ¡Cuánta incredulidad a la hora de la verdad!

1.6. El encuentro con un testigo

El punto de partida de muchas búsquedas está en haber conocido algún testigo.

El testigo siempre remite a otro; no habla de sí mismo. “Es ése”, te dice, y notas que es veraz, que habla

de lo que ha visto, aunque tú mismo has de comprobar “dónde vive” Jesús, si lo que te ha dicho es verdad.

Andrés fue a decírselo a su hermano Pedro. Cuando se encontró con la mirada de Jesús, le dieron nombre nuevo. Pero será tu misma experiencia: Jesús, el que te dio nombre...

Natanael tuvo la suerte de tener un amigo, Felipe, que le dijo que se había encontrado con el Anunciado, con la realización de todas sus esperanzas, por fin. No se le ahorrará ninguna pregunta ni búsqueda, pero tiene referencia.

Este texto evangélico (Jn 1,35-51) viene a ser el relato representativo de este libro. Eso me gustaría ser para el lector, un testigo, una referencia.

* * *

No siempre es el mejor testigo el que más admiramos. Fácilmente proyectamos en él las añoranzas de lo que no somos.

Cuando uno tiene un contacto continuado con los personajes de la Biblia, llaman la atención por esa síntesis tan peculiar de grandeza de espíritu y normalidad de material humano. Demasiado humanos, más bien; pero tienen ese más que despierta nuestras conciencias aletargadas.

Así, Jesús de Nazaret. Admirado por su coherencia ética y el ideal de su mensaje, resulta pantalla en el acceso a Dios hasta que se descubre su talante vital. ¿De dónde su libertad interior ante los poderosos? ¿De